

CAPITALISMO, SOCIALISMO Y DEMOCRACIA
(propuesta de capítulo para el Proyecto Socialista)
Oscar Landerretche Gacitúa, 22 de diciembre de 1994.

Mercado y capitalismo

Capitalismo no es sinónimo de mercados, aunque éstos hayan alcanzado su máxima expresión con el desarrollo del capitalismo y éste sea impensable sin el desarrollo de aquellos.

El mercado existió antes del capitalismo y no es específico de él y aunque, aún hoy, no se conozcan alternativas superiores para el perfeccionamiento social de la economía, que aprovechen adecuadamente el potencial del mercado como instrumento económico, nada autoriza a decretar el fin de la historia en este campo o en cualquier otro.

Hasta los críticos más severos del capitalismo, han reconocido la posibilidad teórica de mercados no capitalistas, basados en una distribución más igualitaria de la riqueza, una difusión muy amplia de la propiedad y la ausencia de niveles significativos de concentración del poder económico social y político.

Los mercados competitivos, no hacen otra cosa que permitir que la sociedad asigne los recursos de la manera más adecuada, dada la disponibilidad de ellos y la demanda efectiva de los integrantes de la sociedad, es decir, los deseos o preferencias respaldados por ingresos o riqueza.

Si no existen niveles adecuados de competencia en los mercados, la economía pierde eficiencia y la sociedad desaprovecha la posibilidad de alcanzar niveles superiores de bienestar.

La economía también pierde eficiencia si la gestión se aleja de la propiedad, lo cual tiende a reducir la eficiencia de la propiedad privada, que está en la base de la virtudes que se atribuye a las economías de mercado. En estas condiciones se malgastan recursos y se tiende al cortoplacismo en la gestión, sea ella ejercida en el marco de sociedades anónimas o cooperativas.

La empresa no existe sólo como resultado de la acumulación de recursos. Ella también responde a la necesidad de aprovechar economías de escala, beneficiarse de las complementariedades y eliminar transacciones cuya repetición tiene alto costo. En consecuencia las empresas son espacios en las cuales existen jerarquías, relaciones de comando y planificación y si ellas se tornan inadecuadas, se reduce la eficiencia en la economía en su conjunto.

Sin embargo, aún cuando se regule adecuadamente el comportamiento de los monopolios, se logre un amplio desarrollo de la competencia y se alcancen formas de gestión adecuadas, la eficiencia económica no garantiza otra cosa que la mejor satisfacción posible de la demanda efectiva, la cual refleja las preferencias de los miembros de la sociedad y su participación en la distribución de la riqueza existente.

En consecuencia, el mercado no refleja simplemente las aspiraciones, las limitaciones de recursos y el estado de la tecnología disponible. El mercado también refleja los patrones culturales, las insuficiencias informativas y las desigualdades distributivas que caracterizan a las distintas sociedades.

Además, los mercados en general, y no solamente los mercados capitalistas, carecen, hasta ahora, de la capacidad necesaria para realizar adecuadamente importantes tareas de coordinación relacionadas con el desarrollo futuro de la economía; no son eficientes en la asignación de recursos destinados a la producción de bienes públicos, es decir, de aquellos bienes que no es posible ni deseable impedir que se utilicen libremente y; dejados a su funcionamiento libre, no resuelven los problemas de ineficiencia social que generan las externalidades, es decir, los efectos negativos que generan las decisiones privadas que le trasladan costos a otras unidades económicas y las inapropiabilidades que caracterizan a ciertos bienes, que desincentivan su producción privada.

Por ejemplo, dejado a su propia dinámica, el capitalismo tiende a destruir el medio ambiente. En general, la dinámica del capitalismo puede destruir todos aquellos bienes que no se expresen en los mercados traducidos en costos privados o en demanda efectiva.

Librado a su propia dinámica, el capitalismo resuelve de manera muy costosas las crisis generales, sectoriales o regionales provocadas por su propio dinamismo y por el proceso de globalización.

Todas estas razones hacen necesaria la acción pública eficaz y eficiente y explican porqué no haya existido jamás una sociedad que haya dejado toda su economía en manos de mercados totalmente libres de intervención pública.

De hecho, la propiedad privada, que es un requisito indispensable del funcionamiento adecuado de cualquier economía de mercado, es siempre un derecho protegido por la acción pública, y es una tarea que el mercado no puede realizar por sí mismo.

La especificidad del capitalismo

Lo que es específico del capitalismo es la intensa acumulación de riqueza que se concentra en pocas manos, en sociedades en las que, sin embargo, predomina, como principio, la igualdad de los seres humanos, habiéndose dejado atrás la esclavitud y la servidumbre como fenómenos significativos.

En las primeras etapas del capitalismo la concentración de la propiedad de los medios de producción, en parte heredada de las desigualdades propias de sociedades precedentes y en parte creada por su propio dinamismo acumulador, implicó la exclusión total de grandes sectores de la sociedad, que quedaron desprovistos de todo acceso, incluso a cantidades mínimas de recursos productivos. Este es un fenómeno que todavía está presente, de manera significativa, en muchas economías capitalistas, sobre todo en las menos desarrolladas.

En la época contemporánea, la propiedad del conocimiento se va tornando cada vez más en el elemento crucial en la producción de bienes y servicios. La acumulación de otras formas de riqueza sigue siendo un factor de gran incidencia, pero el conocimiento se torna cada vez más decisivo e indispensable. Sin embargo, las oportunidades de adquirir conocimientos también están desigualmente distribuidas y, dependiendo del desarrollo social de cada nación, pueden estar más o menos determinadas por la distribución de las otras formas de riqueza.

El capitalismo concentra y centraliza recursos en una fracción muy pequeña del número total de empresas, las cuales se entrelazan de manera compleja, generando desigualdades estructurales en los mercados y creando las bases para el desarrollo de poderes económicos que inciden en la sociedad en su conjunto y tienden a generar un proceso de concentración del poder en general.

Aquello no significa que el capitalismo no permita el desarrollo de empresas medianas y pequeñas muy dinámicas y tampoco implica que no puedan existir grandes empresas competitivas, bien reguladas y bien gestionadas.

El rápido avance científico y tecnológico y la expansión a nuevas regiones, ofrecen oportunidades para el surgimiento de nuevas empresas dinámicas, que en algunos casos son absorbidas por otras más grandes, en otros crecen explosivamente, y en muchos otros mantienen tamaños medianos o pequeños en "nichos" de mercado que, frecuentemente, las hacen más vulnerables a los cambios en las condiciones económicas.

Los avances tecnológicos, y especialmente aquellos que inciden en la administración y en las formas organizativas, también abren un amplio espacio para perfeccionar la gestión a todo nivel, no sólo en las empresas, sino también en las organizaciones sociales y el estado.

El capitalismo es capaz de crear las bases productivas necesarias para que toda la sociedad pueda abandonar la pobreza y para que se desarrollen, en algunos casos, sociedades bastante más equitativas, tanto desde el punto de vista de las oportunidades como de la distribución del ingreso.

La marcada diversidad distributiva actualmente existente, incluso entre las sociedades de economía capitalista más desarrollada, es una prueba de las holguras históricas que el propio capitalismo permite.

En la época contemporánea, las economías más pobres y estancadas y las sociedades más atrasadas, se caracterizan por tener lazos mucho más débiles con la dinámica del capitalismo mundial.

La intensificación del proceso de globalización de la economía genera grandes oportunidades para las economías que buscan incorporarse al mundo desarrollado de manera tardía. Las economías más exitosas cruzan la brecha que las separa del desarrollo en períodos cada vez más cortos y con ritmos de crecimiento cada vez más altos.

Sin embargo, la velocidad de los cambios plantea desafíos muy grandes, tanto en la esfera económica como en las esferas cultural, social y política.

Las oportunidades no pueden aprovecharse adecuadamente si no se ha alcanzado un grado mínimo de modernización y si no se crean las condiciones que permiten asegurar estabilidad económica y política en medio del cambio acelerado. Este es un desafío de gran envergadura que varios países de Asia y América y muy pocos del Africa parecen estar en condiciones de enfrentar exitosamente.

La creciente igualación de las oportunidades, al interior de las naciones y a nivel internacional, es una posibilidad, pero no es un resultado inevitable o automático de la acumulación capitalista.

Los mercados competitivos y las formas más adecuadas de gestión empresarial tampoco son un resultado automático del dinamismo capitalista especialmente de las formas más desreguladas de capitalismo salvaje que promueve el neoliberalismo. De hecho, la acumulación de poder económico, la presencia de rendimientos a escala crecientes y la existencia de barreras naturales o artificiales a la entrada, tienden a producir situaciones monopólicas y formas de gestión inadecuadas que no se reflejan en la rentabilidad debido a las cuasirentas que se generan, todo lo cual conspira contra la eficiencia de la economía y de las empresas.

Por otro lado, el consumismo, la frustración y el individualismo extremos, empobrecen económica y culturalmente a importantes sectores de la sociedad, que carecen de oportunidades efectivas para desarrollar su creatividad y su capacidad emprendedora. Esto ocurre, incluso, en economías que, por su nivel de riqueza, podrían asegurar una existencia cómoda y llena de satisfacciones a todos sus habitantes.

De allí que la historia cultural, social y política de cada sociedad capitalista y las distribuciones de la riqueza que caracterizan a sus economías, den origen a realidades tan variadas, incluso entre los países capitalistas más desarrollados.

La historia del capitalismo muestra que, debido a su dinamismo y capacidad de adaptación, él ofrece posibilidades que ningún otro tipo de organización económica ha logrado equiparar, mucho menos superar.

Sin embargo, el capitalismo también contiene poderosas fuerzas destructivas, que tienden a producir desigualdades considerables y hacen posible el crecimiento explosivo de flagelos como la drogadicción, la delincuencia, la violencia extrema y el deterioro de diversos aspectos de la calidad de la vida.

La búsqueda de caminos para superar estos males no interesa solamente a los afectados directamente por ellos. La miseria y la desintegración social ponen en peligro los avances de toda la sociedad.

La equidad

Para los socialistas la equidad implica, básicamente, igualar las oportunidades; remunerar a cada cual según su contribución a la producción total; solidarizar con aquellos que tienen impedimentos evidentes para hacer un aporte y recibir una remuneración adecuada; respetar las diferencias de género y de cualquier otro tipo y; respetar a las generaciones futuras, asegurando un legado de crecimiento que no conduzca a la inexorable destrucción del planeta.

Esto requiere, en primer lugar, insistir en la necesidad que tienen las sociedades de organizarse social y políticamente para promover la equidad, orientar su desarrollo, regular su economía y hacer efectivos los derechos de todos sus integrantes.

La lógica de la racionalidad instrumental debe ser adecuadamente equilibrada con la lógica de la racionalidad comunicativa. Las oportunidades que la gente quiere, son tan importantes como las realidades de la economía. Un balance adecuado entre ellas es el único camino posible hacia una sociedad más equitativa que no comprometa, sin embargo, el crecimiento y la estabilidad económicas que proveen su sustento y son un requisito de su viabilidad.

Para ello es fundamental la formación adecuada y pluralista de ciudadanos integrales, para dotarlos de herramientas que les permitan labrar una existencia enriquecedora.

La lucha por la equidad implica fomentar el conocimiento, la sensibilidad, la responsabilidad, la tolerancia, la austeridad, la solidaridad, la creatividad y el optimismo. Estos son los ingredientes fundamentales que hacen posible una sociedad libre, que no tenga un carácter efímero y que pueda construirse hacia el futuro.

No creemos que estos valores sean privativos de un partido político específico. Por cierto, la importancia que se le asigna a cada uno de ellos y la consecuencia que se traducen en la acción política determinan importantes diferencias entre los diversos partidos.

La existencia histórica del Partido Socialista de Chile, se justifica por su propia historia; por nuestra conciencia crítica, no sólo del capitalismo sino también del totalitarismo de izquierda; por nuestra independencia respecto del poder económico; por nuestro pluralismo cultural y religioso y; por nuestra honrosa tradición de consecuencia en la lucha por la democracia y la libertad.

Pensar que el mercado puede resolver todos los problemas económicos y sociales, es tan equivocado como pensar que la organización social y política de la sociedad pueda suplantar al mercado en su tarea básica de asignación eficiente de los recursos disponibles.

Los socialistas no aceptamos la inexorabilidad de los males que aquejan a nuestras sociedades y no renunciamos al perfeccionamiento de las instituciones democráticas, estatales y privadas, que hacen posible la necesaria acción pública que el desarrollo de la humanidad requiere.

La equidad no implica ni el igualitarismo extremo ni la uniformidad. La diversidad, incluso en términos de riqueza, no impide alcanzar grados muy altos de igualdad de las oportunidades, de solidaridad con los impedidos y respeto a las diferencias y a las generaciones futuras.

Sin embargo, es prácticamente imposible avanzar hacia la equidad cuando se constituyen poderes económicos que influyen decisivamente sobre la sociedad y sobre la acción pública.

El avance hacia la equidad requiere fortalecer las organizaciones de la sociedad civil y el estado, dotándolos de prestigio, eficacia y eficiencia. Fortalecer no significa engordar. Ello es una necesidad doblemente imperiosa en el caso de países en desarrollo que se insertan dinámicamente en el proceso de globalización y deben enfrentar las turbulencias y distorsiones propias de su menor tamaño y su menor poder relativo de negociación.

Por todo ello hay que enfrentar con claridad y decisión el desafío que implica superar las resistencias corporativas que se oponen al cambio y la modernización de las organizaciones sociales y las instituciones públicas. Pero también es crucial limitar radicalmente la influencia del poder económico sobre la cultura, la información y la política.

Esto no puede ni debe confundirse con un juicio negativo sobre los empresarios y las empresas privadas. Cuando nos referimos a la influencia no deseable del poder económico sobre la sociedad y la política estamos apuntando hacia una deformación de la democracia en la cual se transgrede la justa defensa de los puntos de vista de la empresa privada y se pretende erigir barreras insuperables frente a todo cambio democrático significativo.

El neoliberalismo se ha convertido en una fuente permanente de argumentaciones que apuntan a imposibilitar la modernización efectiva del estado, desprestigiar sistemáticamente su gestión, desvalorizar la política y debilitar por estos caminos la capacidad equilibradora de la voluntad ciudadana.

Esa actitud no constituye un seguro contra el populismo sino que es fuente de tensionamientos innecesarios y erosiona las bases del trabajo conjunto que el estado, el sistema político, las organizaciones sociales y las empresas privadas deben realizar para el engrandecimiento de la nación, teniendo en cuenta la experiencia reciente de otros países exitosos y la renovación profunda que han logrado realizar las fuerzas políticas que no se inspiran en el neoliberalismo.

La centralidad de la democracia y la libertad

La dolorosa experiencia histórica de la humanidad indica, de manera indesmentible, que la equidad no se puede imponer a las naciones.

Los experimentos sociales totalitarios, incluidos aquellos inspirados en las mejores intenciones, han fracasado tarde o temprano.

Los fundamentos de la equidad son los mismos fundamentos de la libertad, en el sentido más amplio y completo del concepto: la libertad posible para todos, y no sólo para algunos; la libertad a todo nivel, económico, social y político.

Ella no tiene nada que ver con el libertinaje y mucho menos con la ley de la selva que impera cuando se debilitan las instituciones que defienden el interés de la sociedad en su conjunto, lo cual en el mundo contemporáneo, significa, todavía, en gran medida, el interés de la nación.

La política de los socialistas requiere de espacios en los cuales sea posible fomentar la difusión de los valores que permitirán alcanzar la equidad, traduciéndolos en formas prácticas que la gente pueda adoptar y promover libremente.

Ello sólo es posible en el marco de una sociedad cada vez más democrática y cada vez más libre, en la que nuestra voz y nuestro accionar puedan contrarrestar la influencia de aquellos que promueven el conservantismo cultural, el neoliberalismo económico y los equilibrios políticos espúreos, basados en deformaciones institucionales antidemocráticas.

La defensa y profundización de la democracia es consubstancial a la lucha por la equidad. Y es nuestra convicción más profunda que ambas deben avanzar juntas, porque ninguna de ellas puede consolidar avances duraderos sin que la otra se perfeccione de manera adecuada.

Pretender una democracia perfecta en una sociedad aquejada por la pobreza y la miseria es tan ilusorio como pretender alcanzar la equidad perfecta en una sociedad no democrática. Sin embargo, renunciar a avanzar en cualquiera de ellas es comprometer el avance de ambas.

Si la política es el arte de lo posible, la política de los socialistas no puede ser otra que el arte de la democracia y equidad posibles.

La virtud de ese camino histórico reside en que una sociedad cada vez más equitativa y democrática es capaz de calibrar de manera cada vez más adecuada los avances que son posibles. Al mismo tiempo, una sociedad más equitativa y democrática es capaz de absorber los períodos de retroceso sin precipitarse al abismo de las crisis totales.

Los socialistas luchamos en contra de todas las formas de autoritarismo, sean ellos de raigambre nacionalista, populista, confesional, científicista, tecnocrática o de cualquier otro tipo.

Al mismo tiempo, luchamos por la participación efectiva y responsable de todos los ciudadanos, porque ella es un componente fundamental de la equidad y junto con el realismo político son los mejores antídotos contra las regresiones autoritarias.
